

La disolución del sujeto cartesiano en la edad del nihilismo

Silvio J. Maresca

Lo que hoy , en la edad del nihilismo desembozado, vale como “hombre”, “naturaleza” e “historia” es la consumación de un devenir esencial que encuentra su punto de partida en la decadencia de Atenas.

Una decisiva inflexión con la emergencia del *cogito* y su desemboque final en la presente disolución del sujeto cartesiano en subjetividad psíquica y social.

Particularmente, lo que hoy, dentro del contexto de la espiritualidad y el modo de existencia europeo-occidentales, llamamos “hombre”, es un *resto*. A saber: lo que resta de la posición cartesiana de la subjetividad. Subjetividad que fuera concebida en su momento como única realidad autosubsistente, por ser indubitable identidad del pensar consigo mismo, en la pura presencia ante sí.

Pero la subjetividad cartesiana no puede hoy ya disimular la negatividad –sólo en apariencia neutralizada y subvertida– que la signa desde sus orígenes. No obstante vemos que, lejos de abandonarse o intentar su superación, tal subjetividad se autodevora, operando como infinita mediación, en el seno de la cual se abisma todo lo existente. El hombre europeo es pues hoy, en cuanto subjetividad psíquica y social, una pura negatividad incapaz de autodeterminarse y de trascenderse, pero, sin embargo, el exclusivo punto de vista desde el cual el todo de lo que es apropiado y asumido como tal. Y con ello, también, la “naturaleza” y la “historia”.

Este sujeto así configurado es la revelación postrera de una verdad mucho tiempo enmascarada. Una verdad que destelló como descomposición de la *pólis* griega y fue encubierta casi enseguida por la desesperada propuesta del racionalismo platónico. La disolución dialéctica invertida en su sentido, la

disolución dialéctica como camino hacia una supuesta positividad superior inmovible, el hundimiento de un mundo como transición hacia lo verdadero: ésta fue la fórmula genial de Platón. Pero desde que la negatividad que todo lo corroe advino como destino en el mundo griego, jamás pudo ser eficazmente conjurada. Por el contrario, no ha hecho más que interiorizarse.

El “racionalismo” platónico sucumbió rápidamente ante un radical escepticismo que no le era –en el fondo– del todo ajeno. La *politeía* –proyecto “político” del “racionalismo” platónico– sólo pudo plantearse mientras algo de la *pólis* permanecía todavía vivo.

El dios judeo-cristiano pareció durante algunos siglos encerrar la potencia necesaria como para salvar perdurablemente al hombre europeo de su propia nada. Pero el dios que nació muerto, el dios restitutivo producto de la negatividad, tenía que sucumbir ante la reactivación de su esencia más íntima. La racionalidad yoica, la reposición de lo “matemático” interpretado ahora como *ego cogito*, prometió la reconquista de un mundo, en verdad, desde hacía mucho, definitivamente perdido.

Esta reconquista suponía –es cierto– el sacrificio impiadoso de todo residuo de sensibilidad que aún pudiera subsistir. Pues sin tal vaciamiento universal, sin tal aniquilación completa de la inmediatez, jamás podría el pensar, puesto ante su intrínseca negatividad, recortarse como afirmación absoluta. Y también suponía la “decisión”, inherente a una voluntad absoluta en su negatividad infinita, de no atender jamás a otra cosa que a “sí mismo” –a la autoevidencia del pensar-se yoico– en lo otro de sí.

Sin embargo, tampoco así fue posible conjurar la negatividad, superar el nihilismo, evitar una mala repetición que se impone a Occidente casi desde sus comienzos. Pues a partir de Descartes asistimos a un doble movimiento de la subjetividad, que tiene un único sentido.

Por un lado, constatamos la progresiva absorción teórica y práctica, por parte de esa subjetividad, de una “naturaleza” preacondicionada por el método en términos yoicos. Es así que la subjetividad se va proporcionando un contenido del que al principio carecía. Pero, por otro lado, este movimiento resulta inseparable del debilitamiento, también progresivo, de la afirmación tética que constituía al sujeto cartesiano. Dependerá así éste cada vez más, en su configuración y vigencia ontológicas, de la permanente absorción de una alteridad previamente subyugada, compatibilizada con el yo. Se desarrolla la moderna ciencia natural, así como la peculiar figura técnica que le es consustancial. Pero también el surgimiento de los estados europeos modernos, su historia y su consiguiente expansión imperialista, forman parte de este doble movimiento de la subjetividad cartesiana.

El sujeto transcendental kantiano y el sujeto absoluto de Hegel reflejan filosóficamente bien una primera fase de la culminación del doble movimiento que acabamos de describir. Pues el sujeto transcendental es una conciencia que es fundante a condición de redefinirse como autoconciencia. La cual únicamente es tal si con ella es puesta conjuntamente una “naturaleza”. Por su parte, el sujeto hegeliano no se sostiene sin una universal “positivización” –ya no alcanza con la “naturaleza”– que debe ser al mismo tiempo eliminada dialécticamente, para que, en el doble juego, el sujeto sea.

Pero si bien ya hay en estos dos pensadores –acusadamente en Hegel– una suerte de “positivismo” (correlativo al gradual desocultamiento de la subjetividad cartesiana como negatividad que no se sostiene téticamente), es sólo con la irrupción del *positivismo* –y en ello incluyo las corrientes filosóficas que le son deudoras aún en nuestros días– que empiezan a percibirse claramente las consecuencias últimas del proceso de despliegue histórico de la subjetividad cartesiana.

Únicamente a partir del positivismo –pocas veces un término ha sido peor empleado– se hace patente la disolución del sujeto cartesiano y el advenimiento

del nihilismo desembozado. ¿Pues qué son los celebres “hechos” del positivismo? ¿Qué, sino el contenido indiscriminado, omniabarcador e indefinidamente disperso –bien que ya siempre mediado y desactivado por una instancia de “racionalidad” subjetivista– que se proporciona una subjetividad incapaz no sólo de autosostenerse en el acto formal de su autoposición sino también de construir siquiera una apariencia de afirmación como unificación sintética de lo dado?

Es por eso que el positivismo es nada más que otro nombre para aquello que llamábamos la disolución del sujeto cartesiano. El sujeto cartesiano en disolución, el sujeto positivista, es un sujeto que ya no se sostiene por sí mismo en su infinita y manifiesta negatividad, que ya no logra reprimir el nihilismo del cual proviene, que ha perdido toda imaginaria sustancialidad y aun sinteticidad, pero que “vive” de las determinaciones que por doquier le proporcionan un contenido. Contenido también obviamente nihilista, pues sólo participa de tal sujeto aquello que previamente se muestra isomórfico con su propia negatividad.

Siendo así, el sujeto cartesiano en disolución no se encontrará ya como yo en lo otro de sí. Más bien se hallará allí donde un contenido cualquiera le devuelva en espejo su inconsistente negatividad. Una “naturaleza” y una “historia” vaciadas ontológicamente serán pues su objeto perpetuamente devorado, arrojado en el abismo sin fondo de su insaciable negatividad. Decae el estado moderno: las corporaciones transnacionales devienen protagónicas.

Pero no es la tan meneada epistemología pasivista el ámbito privilegiado donde la lógica interna del sujeto cartesiano en disolución se hace acabadamente patente. El sujeto cartesiano alcanza la figura más alta de su autodisolución positivista al configurarse como subjetividad psíquica y social. Es decir, como sujeto-objeto de la psicología y las ciencias sociales.

Es propio de estas ciencias ahondar en el autoconocimiento fáctico de la subjetividad cartesiana en disolución, a la luz de estructuras categoriales epistemologizadas que son permanentemente redefinidas en función de los

mismos descubrimientos fácticos. De antemano, lo que vale para el sujeto que investiga vale para el objeto investigado y viceversa. La subjetividad psíquica y social se mueve en sí misma en la forma de un producto mixto y sintetizado *a priori* de “hechos” y “conceptos”, donde ambos pierden su significación clásica, adquiriendo la cualidad de un cuasi-continuo, recorrido por un omniabarcador estatuto de provisoriedad y condicionalidad. En las ciencias sociales y en la psicología la relación “categorías-hechos” constituye un perfecto *círculo vicioso*, que invalida la referencia a toda otra instancia que no sea el sujeto-objeto de estas prácticas científicas: una subjetividad que transita sin descanso su nihilista círculo vicioso llenándose de contenido, reproduciendo su propia carencia y profundizando su negatividad en un mismo movimiento.

La subjetividad cartesiana se disuelve hoy en subjetividad psíquica y social. Subjetividad psíquica y social que no es entonces más que el sujeto cartesiano en disolución, y por lo tanto, el último avatar de la moderna metafísica de la subjetividad, que permanece enteramente dentro de sus límites.

Hasta ahora nos hemos referido a Europa, y lo dicho vale globalmente –aunque no sin ciertas modificaciones– para los EE.UU. y la URSS, los imperialismos nihilistas hoy dominantes.

Pero Latinoamérica no es Europa, puesto que el devenir esencial de Latinoamérica no coincide, en sus rasgos fundamentales, con el de Occidente. En primer lugar, porque en el punto de partida de nuestra historia americana no encontramos una autodescomposición de la sustancia ética (Atenas), sino una ruptura violenta de la misma, de origen exógeno. Lo cual hace que tal sustancia ética, al no disolverse por razones puramente internas, aun rota, persista. Pero tal subsistencia implica, en segundo lugar, la preservación de una afirmación primordial, indisolublemente ligada con la sustancia ética. Afirmación que, en nuestra peculiar historia, se ha manifestado discontinuamente como voluntad emancipadora. Basta con esto para dejar sentado que el sujeto americano, el hombre americano –y, al mismo tiempo, lo que para él o junto con él valen como

naturaleza e historia— no se dejan aprehender con justeza en términos de un sujeto cartesiano en disolución.

Arraigo en la sustancia ética, afirmación originaria y voluntad emancipadora son las tres determinaciones fundamentales, así como mutuamente inseparables, que constituyen al hombre americano. Asimismo, es la perpetua repetición de esta afirmación ética y liberadora, no totalmente escindida de la naturaleza —que así nunca llega a ser mero objeto para un yo— lo que da su original ritmo a nuestra historia, en aquello que no es tiempo muerto al servicio del amo imperial.

Es cierto que, en virtud de la misma situación dependiente, jamás encontraremos aquellas determinaciones en “estado puro”. Es cierto que el nihilismo europeo está hoy a punto de imponerse planetariamente y que, con ello, el sujeto cartesiano en disolución amenaza reducirlo todo a su exclusiva medida. Pero también lo es —hasta ahora lo habíamos callado— que en el propio pensamiento europeo alentó, a partir de Kant, un contramovimiento que tuvo sus antecedentes en Spinoza y Leibniz y su consumación en Schopenhauer y Nietzsche. Contramovimiento que buscó —infructuosamente en el contexto europeo, faltaban todos los supuestos para ello— un auténtico arraigo sustancial a través de una voluntad de orientación ético-política destinada, al revelarse como *voluntad de poder*, a superar en el sustrato dionisiaco toda *voluntad* negativa de *dominio* procedente del cartesianismo.

Es la voluntad emancipadora que brota desde el fondo de la vida de nuestros pueblos latinoamericanos, en la medida en que pueda convertirse en una decidida voluntad de poder de contenido ético-político, y no el sujeto cartesiano en disolución, lo que define hoy, como *proyecto*, al hombre americano y, con ello, a “su” historia y a “su” naturaleza.